

LA PREGUNTA NEURÓTICA EN DORA, POR FREUD

THE NEUROTIC QUESTION IN DORA, BY FREUD

*Mazzuca, Santiago A.*¹

RESUMEN

Este trabajo se dedica a analizar el estatuto de la pregunta neurótica inconsciente pero formulándola con conceptos freudianos. Se apoya en su teoría sobre la investigación sexual infantil, su promoción a lo inconsciente y su plasmación en los síntomas, y se sirve del historial de Dora para darle una encarnadura. A su vez, se detiene en la pregunta que interpelaba a la neurología de la época de Freud por la mera existencia de los síntomas histéricos, que reclamaban una subversión de los fundamentos epistémicos de la ciencia moderna. En el recorrido, se intenta dar articulación a la tesis de que se trata de un nudo entre lo somático y lo psíquico bajo la forma de un agujero, y que ésta es la estructura fundamental tanto de la pregunta como del síntoma y de la subversión de la ciencia que éste reclama.

Palabras clave:

Pregunta neurótica, Cuerpo, Palabra, Síntoma, Inconsciente, Ciencia, Dora, Freud.

ABSTRACT

This paper analyzes the status of the unconscious neurotic question in Freudian terms. It relies on her theory of child sexual research, its promotion into the unconscious, and its embodiment in symptoms, and uses Dora's history to give it an incarnation. At the same time, it stops at the question that challenged the neurology of the time for the mere existence of hysterical symptoms, which called for a subversion of the epistemic foundations of modern science. In the tour, an attempt is made to give articulation to the thesis that it is a question of a knot between the somatic and the psychic in the form of a hole, and that this is the fundamental structure of the question, the symptom and the subversion of the science that he claims.

Keywords:

Neurotic question, Body, Word, Symptom, Unconscious, Science, Dora, Freud.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email: samazzuca@gmail.com

0. Freud, la ciencia y el sexo (o: el despertar de la pregunta)

Antes de abordar el modo en que podemos encontrar articulado el estatuto freudiano de la pregunta inconsciente en el neurótico, puede tener interés situar la posición del propio Freud, como médico y como psicoanalista, respecto de cierta pregunta moderna: la pregunta por la relación entre el cuerpo y el alma. (Luego veremos que se trata de la misma pregunta.)

Ocurre que nuestra ciencia moderna nos ha dejado esta pregunta como legado pendiente, pero con un estatuto muy particular. Por una parte, es la ciencia misma la que hace surgir esta pregunta o, en todo caso, la reactualiza y la agudiza, le da un renovado perfil, le imprime una nitidez de otro orden, y al mismo tiempo la vuelve mucho más acuciante. Pero por otra parte, la ciencia se posiciona como absolutamente incapaz de responderla, porque delimita de tal modo la estructura de su campo de incumbencia que esa pregunta queda exactamente en su frontera, y de esta manera la deja en la sombra.

La ciencia reactualiza esta pregunta porque revela que lo real material responde a sus propias leyes matemáticas, que son absolutamente indiferentes a nuestra subjetividad (a nuestras invocaciones, nuestras danzas para la lluvia, nuestros sacrificios rituales...). Las leyes naturales están por fuera del campo de la subjetividad y de la palabra. Es inútil intentar hablar a lo natural, y también es vano pretender leer lo real material como si se tratase de un material simbólico, que transmitiese un sentido. De este modo, la ciencia moderna le confiere a lo real natural una consistencia epistémica muy cerrada. De ese real dan cuenta en primer lugar la astronomía y la física modernas, así como la química y otras ramas. Y de ese real forman parte también los organismos vivos en su estatuto biológico, entre los cuales se incluye asimismo nuestro propio cuerpo. Para nuestra ciencia moderna, está fuera de duda que nuestro cuerpo está inmerso, está en total continuidad con ese real material que ella se dedica a formalizar de manera matemática. Y esa formalización matemática tiene como premisa y como consecuencia el vaciamiento de subjetividad de lo real. Las leyes matemáticas son incompatibles con la suposición de una subjetividad (o de un sentido) en el comportamiento de lo real natural, que queda reducido a pura materia y extensión, gobernada por fuerzas mecánicas. (Lacan resume este vaciamiento cuando afirma, en su *Seminario 2...*, que los planetas no hablan porque la ciencia moderna -Newton en particular- los hizo callar al reducir su comportamiento a una fórmula matemática. [Lacan 1954-55, 359.]

Sin embargo, nuestras almas (con su naturaleza subjetiva) no dejan de existir... Y no sólo existen, sino que se perciben a sí mismas en continuidad con ese cuerpo, al que además pareciera que gobiernan.

Esto deja abierta la pregunta por la articulación entre el cuerpo y el alma, por su ¿interacción?, por su comunicación, por sus determinaciones o condicionamientos recíprocos. Pero al mismo tiempo que la reactualiza, la ciencia clausura el despliegue de esta pregunta, o al menos su despliegue científico, por la razón que venimos

de comentar: porque el estatuto epistémico del objeto de la ciencia se funda en el movimiento mismo de excluir la subjetividad.

Desde que Descartes divorció la *res cogitans* de la *res extensa* (es decir, la subjetividad de lo real material), la ciencia funciona bajo esa premisa epistémica, que impone una frontera cerrada entre ambos dominios.

Ahora bien, el destino de Freud ha sido quedar, respecto de esa frontera cerrada, en infracción. Freud se encuentra ante el desafío de perseguir un síntoma supuestamente neurológico (el síntoma histérico) hasta descubrir su naturaleza psíquica, subjetiva; y a partir de allí, se aboca a escudriñar lo psíquico pero hasta sus raíces corporales. De esta manera, en Freud ya no se trata más ni de un alma autónoma, que existe por sí misma, ni de un cuerpo reducido a la mecánica de la *res extensa*. El cuerpo pulsional no es el organismo biológico. Y el inconsciente no es el alma entendida como puro espíritu, ni *causa sui* ni transparente para sí.

Cada uno de estos dos campos, lo somático y lo psíquico, resultan subvertidos por el descubrimiento freudiano. Para el gesto fundador de la ciencia eran terrenos excluyentes, independientes y disociados. En Freud, en cambio, se perforan el uno al otro de manera íntima. Cada uno es el agujero del otro y lo descompleta. El Otro primordial de los primeros cuidados, ese "individuo auxiliador" del "Proyecto..." (Freud 1895b, p.363), deja sus marcas en los orificios corporales, y de ese modo los eleva a la condición de zonas erógenas -como retomaremos más adelante-. Y la pulsión, por su parte, es la extraña esencia de la actividad psíquica (extraña porque no es claro que sea psíquica ella misma).

Freud realiza, en este sentido, una subversión del orden de la ciencia moderna. Y es esta subversión epistémica la que se plasma en su concepción de la sexualidad. Pues la importancia y el lugar de la sexualidad en el pensamiento freudiano se vinculan al hecho de que ella se sitúa justamente en aquella zona de articulación problemática, entre el cuerpo y el alma.

Más adelante retomaremos esta cuestión de la posición de Freud respecto de la pregunta por la relación entre el cuerpo y el alma, que la ciencia había clausurado. Ahora comenzaremos a ocuparnos de la pregunta neurótica.

I. El sepultamiento de la investigación sexual infantil... o su promoción a lo inconsciente

Para ubicar un modo en que podemos articular con el propio Freud el estatuto de la pregunta inconsciente en la neurosis, vamos a recordar la doble vertiente que el padre del psicoanálisis explora en la sexualidad infantil: una faceta más "carnal" y otra más bien "epistémica" -por llamarlas de algún modo.

Desde el inicio de su exploración de la naturaleza de los síntomas histéricos, Freud se topó con la vida sexual de los seres humanos desde una perspectiva inesperada. Esa exploración lo condujo a ocuparse de la sexualidad infantil y de su papel estructurante en la subjetividad. Organizó y formuló ese papel en su concepción del complejo de Edipo y su sepultamiento: operación fundacional,

fecunda, que extrae de esa temprana asunción de una pérdida, de una renuncia libidinal, la potencia multiplicada del deseo hacia el futuro.

Ahora bien: de esa sexualidad infantil, y especialmente de su sepultamiento, es seguramente la faceta “carnal” la que nos resulta más conocida, incluso la más asimilada por cierto sentido común. La amenaza de la castración funciona ahí como límite para la satisfacción erógena genital, y termina por inducir al niño a renunciar a esa satisfacción junto con las fantasías edípicas que se le anudan.

En cambio, puede quedar relegada a un segundo plano, y a veces hasta pasar desapercibida, aquella otra faceta -la “epistémica”-, que sin embargo es tan importante como la primera.

Para Freud, la sexualidad infantil (o más bien la sexualidad en general) no consiste solamente en una práctica que manipula ciertas zonas erógenas para la obtención de satisfacción corporal, sino también en una práctica... ¡de investigación!, cuyo objeto no es entonces una satisfacción corporal -carnal- sino subjetiva: la que aporta el despliegue mismo de ciertas preguntas.

Podemos entonces preguntarnos cómo se formula, en los términos de Freud, ese acontecimiento tan crucial como es el sepultamiento del complejo de Edipo (y junto con él, del primer período de florecimiento sexual, que deja paso a la latencia), pero no ya en la vertiente de aquella faceta carnal, sino en la perspectiva epistémica, de la investigación sexual infantil. Y en efecto, ésta es una de las cuestiones planteadas por Freud en el escrito que dedica a las teorías sexuales infantiles en 1908, al hablar del ‘*conflicto nuclear de las neurosis*’:

[...] el niño pasa a ocuparse del primer, grandioso problema de la vida, y se pregunta «de dónde vienen los hijos» [...] Si el niño no está ya demasiado amedrentado, tarde o temprano emprenderá el camino más próximo y demandará una respuesta a sus padres o a las personas encargadas de su crianza, que para él significan la fuente del saber. Pero ese camino fracasa. Recibe una respuesta evasiva, o una reprimenda por su apetito de saber, o lo despachan con alguna información de cuño mitológico que en los países de lengua alemana es: «La cigüeña trae a los hijos...» [...] De muchas comunicaciones pareceme desprenderse que los niños rehúsan creencia a la teoría de la cigüeña; a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus posteriores investigaciones. Pero así han vivenciado también la primera ocasión de un «conflicto psíquico», pues unas opiniones por las que sienten una predilección pulsional, pero no son «correctas» para los grandes, entran en oposición con otras sustentadas por la autoridad de los grandes pero que a ellos mismos no les resultan gratas.” (Freud 1908c, pp.190-1)

Freud propone entonces un conflicto del niño con la autoridad parental a raíz de la sexualidad, incluso resulta notorio que se refiere a él como “la primera ocasión de un conflicto psíquico”. Sin embargo, el territorio en disputa no es el cuerpo del niño o el de sus allegados; y la incidencia

coercitiva de la autoridad parental no recae sobre ninguna manipulación o práctica corporal. Se trata de la vertiente “epistémica”. La prenda del conflicto edípico resulta ser aquí el saber mismo. El niño que quiere saber se dirige a los adultos que le son más próximos, pero se topa en ellos, de manera necesaria y estructurante, con la función de un límite.

Lo deslumbrante del texto viene inmediatamente a continuación, porque Freud propondrá que esa investigación sexual, más que sofocarse, se proseguirá pero con un estatuto renovado y diferente:

“Desde este conflicto psíquico puede desenvolverse pronto una «escisión psíquica»; una de las opiniones, la que conlleva el ser «bueno», pero también la suspensión del reflexionar, deviene la dominante, consciente; la otra, para la cual el trabajo de investigación ha aportado entretanto nuevas pruebas que no deben tener vigencia, deviene sofocada, «inconsciente». Queda de esta manera constituido el complejo nuclear de la neurosis.” (Freud 1908c, p.191)

Es importante tomar en todo su alcance el planteo de Freud. No se trata, como podía parecer desprenderse del pasaje que citamos en primer lugar, de que el niño, de manera voluntaria y controlada, rodee de secreto hacia los adultos la continuación de sus investigaciones sexuales. Se trata propiamente de una escisión psíquica, una represión, en virtud de la cual, las preguntas sexuales se proseguirán... pero de manera autónoma, solas, por su propia cuenta, en lo inconsciente. Y dicha prosecución -Freud no había dejado de subrayarlo, y esto constituye el trasfondo más directamente clínico del escrito- tendrá su papel en la determinación de los síntomas neuróticos, del mismo modo que lo tienen las fantasías inconscientes. “La noticia acerca de las teorías sexuales de los niños [...] resulta indispensable para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales estas teorías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llega a comandar la configuración de los síntomas.” (Freud 1908c, p.189) En ese punto, las teorías sexuales infantiles (inconscientes) y las fantasías (también inconscientes) tienen el mismo estatuto.

Podemos detenernos un momento en la estructura involucrada en este sepultamiento epistémico, y potenciar el planteo freudiano con un complemento de inspiración lacaniana. (Surmani 2004).

En el planteo explícito de Freud, lo que despertaría el conflicto y desencadenaría la represión sería el encuentro del niño con la reticencia del adulto, algo así como un mandato implícito de no preguntar demasiado, como si el niño entendiera que se topó con algo que el adulto no quiere que él descubra.

Pero en definitiva, ¿qué puede haber en el trasfondo de aquello que el adulto mantiene velado... sino, a fin de cuentas, su propia ignorancia, su propia inconsistencia?

Por qué no considerar entonces que en el fondo, más allá de la mayor o menor reticencia del adulto, o de su falsedad y su mentira, el niño estará destinado siempre, por estructura, a encontrarse con ese punto donde el adulto desfallecerá en tanto “fuente de saber...”, porque no habrá

jamás respuesta adulta que le alcance.

Cuando Juanito pregunta por ejemplo dónde están los “puros niños” “siempre antes” (Freud 1909b, pp.58-9), va mucho más allá del dato de la gestación en el vientre materno, que sus padres intentaron ocultarle sin éxito. Va más allá y desemboca en lo insondable de la pregunta por el origen: dónde están los seres por venir, antes incluso de ser concebidos, cómo puede ser que de la pura nada advengan seres que antes no existían, así como puede ocurrir que donde había un ser no quede nada.)

Esa suerte de puesta en suspenso de la función del adulto anticipa para el niño lo traumático del momento en que le tocará a él devenir adulto a su vez, es decir, autorizarse por sí mismo ante las interpelaciones de la vida y asumir sus propios riesgos, sin la pseudo garantía parental.

Y en definitiva, ese desasimiento de la autoridad parental, al que se refiere Freud en “La novela familiar del neurótico” como la tarea más dolorosa y necesaria del desarrollo (Freud 1909a, p.217), es probablemente el mandato más íntimo, el más traumático y al mismo tiempo el más estructurante, el más saludable, del vínculo amoroso con los objetos edípicos.

Algo de ese encuentro con la falta en el Otro -para decirlo en términos de Lacan- es lo que desencadena el supuesto sepultamiento de la investigación sexual infantil... o mejor dicho su promoción a un nuevo estatuto, que se proseguirá desde entonces de una manera renovada, con mayor alcance, en lo inconsciente. Hay una solidaridad estructural entre el estatuto inconsciente de la pregunta, su promoción a lo inconsciente, y el encuentro con esa imposibilidad de que el Otro, el interlocutor adulto, dé una respuesta suficiente.

En este sentido puede entenderse la afirmación inicial de Freud en su texto dedicado a “el sepultamiento del complejo de Edipo”: lo que desencadena ese hundimiento es el encuentro con una imposibilidad de estructura, una “imposibilidad interna” (Freud 1924, p.181). Y si más adelante Freud propone que es el encuentro con la castración lo que precipita el sepultamiento, podemos articular ambas afirmaciones, que parecen divergentes, y entender que esa castración es el modo en que el inconsciente se representa aquella imposibilidad interna: la simboliza, la cifra en clave fálica.

En todo caso, ubicamos en Freud que en la base del deseo sexual hay una pregunta inconsciente, una pregunta sexual inconsciente sin respuesta, solidaria del encuentro con ese punto en que el adulto, fuente de toda autoridad, no responde.

II. Una pregunta por el ser

Para dar a esta pregunta inconsciente su justo alcance, conviene señalar que, a pesar de no estar sistematizada como lo está en la enseñanza de Lacan, hay también en la obra de Freud una falta en ser en el corazón del deseo. “Para el niño pequeño, los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia. Llegar a parecerse a ellos -vale decir, al progenitor de igual sexo-, a *ser grande* como el padre y la madre: *he ahí el deseo más intenso y más grávido en consecuencias de esos años in-*

fantiles.” (Freud 1909a, 217 -subrayado nuestro-). En otro texto contemporáneo: “El jugar del niño estaba dirigido por deseos, en verdad por un solo deseo que ayuda a su educación; helo aquí: *ser grande y adulto*. Juega siempre a ‘ser grande’, imita en el juego lo que le ha devenido familiar de la vida de los mayores” (Freud 1908a, 129 -subrayado nuestro-). O más de diez años más tarde: “El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. [...] El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos.” (Freud 1921, 99)

Freud ubica entonces, en el corazón del deseo del niño, un deseo de *ser*. Deseo de ser lo que no es; o sea, el deseo de ser adulto. Y es muy digno de notar que Freud le conceda el título de “el deseo más intenso y más grávido en consecuencias de esos años infantiles”. (No será necesario subrayar que no dice, en cambio, que el deseo más grávido en consecuencias sea el de poseer sexualmente a la madre o el de asesinar al padre.) Y este deseo de ser supone a su vez una falta en ser, o un no ser todavía. Esa falta en ser queda velada por la fantasía de ser como el progenitor de igual sexo -de acuerdo con el planteo de Freud. Como si alcanzara “parecerse a él” y “hacer sus veces en todos los terrenos” para dar aquel paso trascendental en la vida que es devenir adulto. Sin embargo, las cosas no son tan fáciles. Eso no es más que una fantasía. El niño simplemente se imagina serlo todo para sus padres y, más aún, confía en que ellos podrían serlo todo para él. Pero tendrá que descubrir que no son ciertas ninguna de esas dos ilusiones. Continúa el texto sobre la novela familiar:

“Ahora bien, a medida que avanza en su desarrollo intelectual el niño no puede dejar de ir tomando noticia, poco a poco, de las categorías a que sus padres pertenecen. Conoce a otros padres, los compara con los propios, lo cual le confiere un derecho a dudar del carácter único y sin parangón a ellos atribuido. Pequeños sucesos en la vida del niño, que le provocan un talante de descontento, le dan ocasión para iniciar la crítica a sus padres y para valorizar en esta toma de partido contra ellos la noticia adquirida de que otros padres son preferibles en muchos aspectos. Por la psicología de las neurosis sabemos que en esto cooperan, entre otras, las más intensas mociones de una rivalidad sexual. El paño donde se cortan tales ocasiones es evidentemente el sentimiento de ser relegado. Hartas son las oportunidades en que al niño lo relegan, o al menos él lo siente así, y en que echa de menos el amor total de sus padres [...]”. (Freud 1909a, 217).

Se trata evidentemente de un golpe al narcisismo, que descompleta tanto el carácter ideal de los padres para el niño como del niño para los padres. (En ese sentido, la expresión freudiana del “amor total” de los padres, que tal vez sea un hápax y aparece sólo con valor de carencia, resulta muy elocuente.) Ese descompletamiento narcisista pone al descubierto nuevamente la falta en ser, que había sido recubierta con aquella ilusión de que parecerse a los padres bastaba como respuesta a la pregunta sobre cómo devenir adulto.

Sobre ese punto recae también la frase inicial del texto, que le imprime su profundidad dramática: “En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida. [...] Por otra lado, existe una clase de neuróticos en cuyo estado se discierne, como condicionante, su fracaso en esa tarea.” (*ibidem* -subrayado nuestro-) Este desasimiento de la autoridad parental, tan doloroso, no puede menos que articularse con lo que hemos planteado más arriba acerca de la represión y la promoción a lo inconsciente de la investigación sexual infantil a partir del encuentro con la falta de respuesta suficiente por parte de los adultos encargados de la crianza.

Algunos años más tarde, Freud afirma, acerca de “las perturbaciones a que está expuesto el narcisismo originario del niño”, que “su pieza fundamental puede ponerse de resalto como ‘complejo de castración’ “ (Freud 1914, 89). Si ponemos entonces en articulación a la castración, el descompletamiento narcisista, el deseo del niño de ser lo que no es (adulto) y el desasimiento de la autoridad parental, pareciera que no es necesario esperar a Lacan con sus tres tiempos del Edipo girando en torno de no ser el falo para reconocer que en el sepultamiento del complejo de Edipo se trata del encuentro con un punto en que los referentes edípicos no pueden responder a la pregunta por la falta en ser, y que la castración constituye la inscripción inconsciente de esta imposibilidad.

III. El estatuto transferencial de la pregunta (o: Freud interpelado)

Sin duda, Freud interpelará a Dora de modo inaudito hasta ese momento, y de esa manera la convocará al despliegue de su pregunta inconsciente. Pero Freud sólo puede interpellarla porque antes ha sido él, en primer lugar, quien se ha dejado interpelar.

Freud resulta interpelado porque le toca encarnar en la transferencia, por su lugar de analista, aquella función de la falta en el Otro que venimos de situar en el sepultamiento de la investigación sexual infantil.

En el encuentro de la neurología de su época con los síntomas de los cuerpos histéricos, opera una interpelación en el nivel de la enunciación, en el modo en que los seres hablantes involucrados quedan comprometidos y concernidos por la pregunta que circula entre ellos. El síntoma histérico interpela a la neurología de la época de Freud y, tras esa neurología, al saber médico en su conjunto y a la ciencia moderna más en general.

Nadie antes había acogido esa interpelación como lo hizo Freud: hasta la raíz, es decir, hasta ese punto en que se pone en juego el encuentro con aquella falta de respuesta por parte de los saberes previos.

Como recordamos al comienzo, el síntoma histérico interpelaba los fundamentos de la ciencia moderna, porque emergía en el terreno del cuerpo (de la *res extensa* cartesiana) pero al mismo tiempo respondía a una lógica subjetiva (a la naturaleza de la *res cogitans*).

Freud fue el único en no rehuir esa interpelación. Se dejó tomar por ella aunque implicara deponer por completo su saber médico. El temprano escrito freudiano que compara las parálisis histéricas con las orgánicas (Freud 1985a) es como el testimonio de una especie de ascesis por parte de Freud: un remonte de la pregunta por el síntoma histérico hasta su raíz imposible, aniquilante de todo saber, y un resurgir de allí renovado con la creación de un nuevo orden simbólico.

La histeria era una pregunta maldita. Freud fue quien le puso el cuerpo. La histeria era síntoma para la ciencia. No admitía respuestas impostoras. Freud fue el primero en comparecer realmente ante ese punto al que sólo podía llegar desnudo. Sin el auxilio de ningún saber previo, sin santo al cual encomendarse.

Freud fue el primero en pagar el precio, en cumplir con esa ascesis, con ese baño fecundo en el mar de la castración: la de asumir la ignorancia radical que está en la base de toda elaboración de saber, ese punto de fuga donde el saber hunde sus raíces en el cuerpo.

Freud se encontró con el horror que nadie quería reconocer, con la cabeza de Medusa, y decidió seguir adelante, crear y testimoniar. Se dejó interpelar, pagó su precio, y por eso a continuación está en condiciones de interpelar al sujeto a su vez.

IV. Dora interpelada

Entremos ahora en el historial de Dora. Freud opera su interpelación en el punto en que, tomando el discurso de Dora quizá más en serio que ella misma, le señala su inconsistencia y lo que deja en las sombras: toda una parte de su propia historia, su comportamiento, su ser en el mundo, y de lo cual ella no puede dar cuenta de ninguna manera. Puntualmente, se trata del modo en que la afecta el intento de propuesta amorosa por parte del Sr. K (cuyo cortejo ella venía sosteniendo durante un año), y de su posición consiguiente.

En ese punto, Dora hace agua. (Lo decimos así retomando la metáfora freudiana que alude a los lineamientos de estructura que intentamos reconstruir aquí. El historial de Dora va del agujero en lo psíquico -lo inconsciente- al agujero en el cuerpo -las zonas erógenas-. El agujero en lo psíquico, en las representaciones que el sujeto tiene sobre sí y sobre su propia historia, es lo que Freud llama desde el principio del historial las *lagunas mnésicas*. Son los baches en la continuidad de lo psíquico, de la cuenta que el sujeto puede dar de su propia historia, del sentido de sus actos.) En esa trama subjetiva, entonces, hay agujeros.

La interpelación de Freud consiste en detener a Dora ante esos agujeros. De esa manera, retoma y le da nueva encarnación a la interpelación que la propia escena del lago constituyó para la subjetividad de Dora.

Es necesario distinguir, en el movimiento que implica la intervención de Freud, dos cosas bien diferentes: Por un lado, el agujero que Freud señala y despeja; por otro lado, el sentido con que él mismo parece recubrirlo.

Freud recubrirá ese agujero con el sentido del amor inconsciente por el Sr. K. Y este sentido, puede ser más acertado o más engañoso, pero en cualquier caso es en-

cubridor, en la medida en que recubre y vela la laguna en el sentido. Ahora bien, la verdadera intervención de Freud, su operación primera y esencial, no radica en esa hipótesis interpretativa sino en señalar el agujero en el sentido, la incongruencia inexplicable en el comportamiento de Dora, y ante la cual es ella misma la que queda sin respuesta. El acto de Freud es despejar ese agujero en el sentido, y es de ese modo que opera su interpelación.

Hay que decir incluso que esa operación no resulta invalidada por la hipótesis sobre el amor de Dora por el Sr. K, porque aún dándola por acertada, tampoco se comprende el comportamiento de ella (como Freud mismo señala: Freud 1905a, p.34, n.27.)

Es decir que en ese punto Freud tampoco tiene respuesta. Y es por eso que debía primero pagar su precio para poder confrontar a Dora: porque detenerla en ese punto de castración, conlleva también para Freud quedar detenido sobre la castración de su propio no saber. (Por eso Dora se confronta ahí con algo mucho peor -mucho más perturbador- que los prejuicios de Freud: su curiosidad, su propia pregunta... su deseo).

Freud no opera por su saber sino por su asunción de la pregunta, es decir, de la ignorancia docta. Desde ahí interpela a Dora e invoca su propia pregunta inconsciente (la de ella).

Ante esa interpelación, el yo de Dora no puede responder. La Dora denunciadora es reducida a un atento silencio. Y entonces sobreviene la subversión, en acto. Donde Dora queda muda, es la propia pregunta inconsciente de Dora la que toma la palabra. ¿Con qué encarnadura? La del cuerpo, la del síntoma conversivo, la del misterio del cuerpo hablante.

V. Comparecer ante el propio síntoma, entre lo psíquico y lo somático

El agujero en lo psíquico (es decir, aquella laguna mnésica correlativa de lo inconsciente) es el punto por donde lo psíquico conecta con "lo somático". Interpelado lo psíquico hasta su agujero, lo que responde es el cuerpo, el agujero del cuerpo. Como señala Freud, en ese punto el síntoma conversivo histérico se entromete en la conversación (*mitsprechen*), porque él mismo está emplazado en esa frontera entre lo psíquico y lo somático. A partir de ahí, Dora comparece ante su propio síntoma. El síntoma toma la posta de la interpelación y le da soporte a su despliegue, que se prosigue, de acuerdo con la estructura del síntoma histérico, entre lo psíquico y lo somático.

Lo psíquico -señala Freud- es el sentido. Pero hay que destacar aquí que el agujero en el sentido (es decir, el enigma, la pregunta) también forma parte de ese registro, y puede ser el colmo del sentido. Por eso importa no reducir esta cara del síntoma, la del sentido, a la idea que Freud se hace sobre el amor hacia el Sr. K (o cualquier otra de sus interpretaciones de sentido que intenten cerrar el sentido). *La pregunta inconsciente en sí misma, con su enigma, es la esencia de la cara psíquica del síntoma, del "sentido" del síntoma.*

Esa pregunta, no se sitúa tanto por referencia al enunciado como a la enunciación. No es la pregunta acerca de tal

cosa o tal otra, sino más bien el preguntar mismo cuando alcanza cierto estatuto. En los términos de Freud, diríamos que no se trata tanto de las representaciones en sí mismas (o de su valor en el proceso secundario), sino del cuerpo que palpita a través de ellas (o de su valor en el proceso primario). El despliegue del síntoma enseñará entonces que ese agujero psíquico, esa pregunta inconsciente, está montada sobre otro agujero: el agujero corporal, el de la zona erógena. Pero no lo mostrará al modo del discurso conscientemente organizado, sino por la vía de las resonancias inconscientes, como retomaremos más adelante. Freud toma nota y enriquece su concepto de conversión. Antes, inicialmente, la conversión parecía un simple proceso unidireccional, iniciado por lo psíquico (que resultaba determinante) y que avanzaba sobre lo somático (que resultaba determinado). Ahora sobreviene en Freud una concepción mucho más compleja, rica e interesante. Resulta que el punto de partida está en lo somático, en el llamado (la "solicitud") que lo somático hace a lo psíquico, a partir de un proceso corporal cualquiera. La formación del síntoma comienza a parecerse cada vez más a una serie de rebotes entre lo psíquico y lo somático, una resonancia entre agujeros, y un complejo proceso de cifrado del enigma (núcleo del sentido) en el cuerpo. Especialmente cuando se revela que bajo la solicitud somática yace la precondición somática, la satisfacción pulsional; es decir, que el agujero de la pregunta inconsciente será montado sobre el soporte del agujero de la zona erógena.

El síntoma enseña entonces que lo psíquico no es *causa sui*, sino que está excluido de su propio origen, y que la fantasía y la teoría sexual infantil (que pertenecen a la trama representacional del psiquismo) están montadas sobre la satisfacción autoerótica que, por su parte, prescinde inicialmente de las representaciones, a las que se suelda sólo de manera secundaria.

En la experiencia freudiana, el sujeto viene a comparecer ante el decir de su síntoma. Pero el síntoma se ubica en la estructura de borde de lo subjetivo, entre lo psíquico y lo somático. Por eso, su decir no adopta la forma de un discurso organizado. Procede por resonancias. Por condensaciones y desplazamientos. (Por eso la disposición subjetiva que le corresponde en el analizante es la asociación libre, y en el analista, la atención parejamente flotante).

Intentaremos ahora situar algunas cuestiones en torno de estas resonancias en las que se manifiesta la pregunta inconsciente de Dora.

VI. El despertar de la pregunta de Dora y el *Umschwung* en su vida anímica que lo manifiesta

Como hemos mencionado más arriba, la pregunta inconsciente de Dora parece despertar a raíz de la escena del Lago, en la cual el Sr. K comienza apenas a esbozar el intento de una propuesta de matrimonio, que si bien es cortada en seco de inmediato por ella con una bofetada, le impacta sin embargo con un profundo valor de interpelación.

Es cierto que esa interpelación acontece más bien de manera muda, y que lo ruidoso que pronto toma el relevo de su existencia bajo la forma de los reclamos al padre

no hace más que esconderla. Pero podemos percibir su alcance por sus efectos. A partir de esa escena, Dora deja de cultivar su feminidad, se aparta de los vínculos sociales, aparece aquel *taedium vitae* que luego cobrará expresión en una nota suicida, y también su cuerpo acusa recibo, ya que a partir de ese momento su período menstrual se discontinúa.

Ella responde a dicha escena casi de inmediato con un sueño que se repite en tres noches sucesivas, el primero de los dos que se analizan a fondo en el historial, aquél en que el padre la despierta frente a su cama y la salva de un incendio. Sin entrar en los pormenores del material asociativo y de su interpretación, recordemos que Freud ve plasmada en el sueño la reacción subjetiva de Dora, que recurre a su apego infantil hacia el padre como rescate ante el incendio del deseo. “El núcleo del sueño podía traducirse tal vez con estas palabras: ‘La tentación es muy fuerte. ¡Querido papá, protéjeme como lo hacías cuando yo era niña, para que no moje mi cama!’” (Freud 1905a, 64, n.18). Se trata del momento del (re)hallazgo de objeto, posterior a las metamorfosis de la pubertad. Y el desencadenamiento de la neurosis consiste en un retroceso ante ese umbral y un repliegue sobre la infancia. “El deseo de sustituir al señor K. por el padre presta la fuerza impulsora {pulsional} para el sueño. [...] se había despertado, evocado, una inclinación infantil hacia el padre a fin de poder mantener en la represión el amor reprimido hacia el señor K. Este ímpetu subvirtiente {*Umschwung*} en la vida anímica de Dora es el que el sueño refleja.” (Freud 1905a, 76). La escena del lago despierta una suerte de transmutación en la posición subjetiva de Dora, que se manifiesta en este sueño.

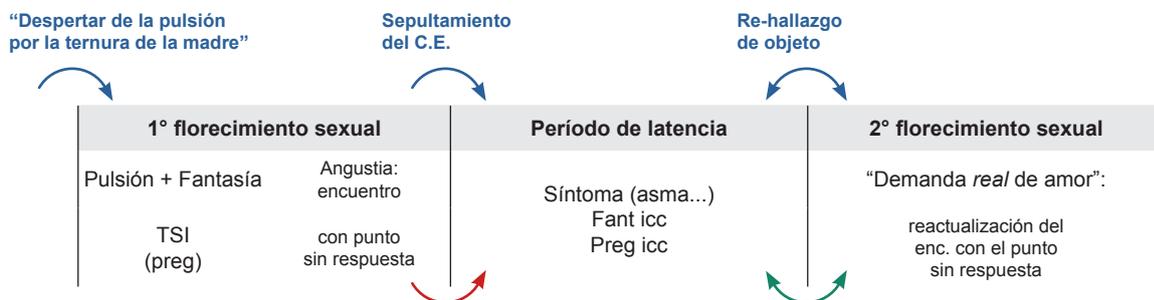
Puesto que estamos situando a la pregunta inconsciente a caballo entre lo somático y lo psíquico, puede resultar provechoso ubicar las coordenadas de su activación en relación con algunas proposiciones freudianas de sus *Tres ensayos...*

VII. Una suerte de “trayectoria típica de la neurosis”, tomando como apoyo la estructura temporal de la sexualidad humana formulada por Freud en sus *Tres ensayos...*

Freud explica allí que lo más notorio del desarrollo sexual humano es su acometida en dos tiempos. A diferencia del resto de los animales, en los seres humanos hay un primer tiempo del florecimiento sexual que se produce en la infancia, de manera anticipada respecto de la maduración sexual, y que además queda separado de esta última por el período de latencia, en el cual cae sepultada bajo la amnesia infantil. Esto introduce una estructura diacrónica donde se distinguen tres grandes etapas (primer florecimiento, latencia, segundo florecimiento), y en el comienzo de cada una de ellas podemos señalar un umbral, una experiencia de atravesamiento.

En el umbral que da inicio al primer período del florecimiento sexual, podríamos ubicar la vivencia de satisfacción, o lo que Freud describe como el despertar de la pulsión sexual a partir del cuidado del cuerpo del bebé por parte de la madre o de quien haga sus veces (Freud 1905b, 203). En el segundo umbral, que da inicio al período de latencia, se sitúa justamente el sepultamiento del complejo de Edipo, que arrastra consigo al conjunto de los recuerdos vinculados a ese primer florecimiento sexual. Y por último, como correlato del pasaje al tercer tiempo (al florecimiento de la sexualidad adulta), podemos ubicar lo que Freud llama (re)hallazgo de objeto; es decir, el momento en que finalmente la pulsión sexual, que había nacido a partir de los cuidados de aquel otro primordial, pero que una vez constituida lo había olvidado radicalmente en su plasmación autoerótica, debe volver a ser llevada al (re)encuentro del cuerpo del otro.

Cada uno de esos tres umbrales, de esas experiencias de pasaje, pone en juego un encuentro con la pregunta inconsciente con la consiguiente articulación de los dos agujeros que hemos comentado más arriba: el de lo psíquico (la pregunta misma) y el de lo somático (la zona erógena pulsional).



“*Umschwung* de la sexualidad infantil de la pequeña”, p.70. (8 años)

Sepultamiento de la sexualidad infantil, sustitución de la masturbación por el asma. (Suerte de sexuación infantil.)

“*Umschwung* de la vida anímica de Dora”, p. 76. (16 años, esc. del lago)

El 1º sueño refleja ese encuentro traumático y la reacción de Dora de refugio infantil en el padre.

El historial comienza por el desencadenamiento, en el momento en que Dora debe afrontar ese (re)hallazgo de objeto. (Cabe recordar aquí que no se trataba necesariamente de entregarse a la propuesta del Sr. K, sino simplemente de tomar posición, de responder ya sea por la afirmativa o por la negativa. Dora se muestra refractaria a ambas cosas, y para no enfrentar esa tarea psíquica desencadena su neurosis y reclama la elección del padre entre su amante y su hija, que es un modo de permanecer apegada a la situación pero sin pronunciarse en el punto en que resulta interpelada como mujer adulta.) Aunque Freud no encuentre el modo de dar a este umbral su estatuto traumático en términos metapsicológicos, resulta evidente que lo percibe en la clínica de los historiales. En el caso de Dora, lo expresa por ejemplo de esta manera: “La incapacidad para cumplir la demanda *real* de amor es uno de los rasgos de carácter más esenciales de la neurosis; los enfermos están dominados por la oposición entre la realidad y la fantasía. Lo que anhelan con máxima intensidad en sus fantasías es justamente aquello de lo que huyen cuando la realidad se lo presenta; y se abandonan a sus fantasías con tanto mayor gusto cuando ya no es de temer que se realicen.” (Freud 1905, 96-7 -subrayado de Freud-)

Puede resultar pertinente aquí la articulación con una última referencia sobre la función de la fantasía como velo de la pregunta por la falta en ser y el advenimiento del ser adulto. En *El creador literario y el fantaseo*, Freud afirma lo siguiente:

“El nexo de la fantasía con el tiempo es harto sustantivo. Es lícito decir: una fantasía oscila en cierto modo entre tres tiempos, tres momentos temporales de nuestro representar. El trabajo anímico se anuda a una impresión actual, a una ocasión del presente que fue capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil las más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el cumplimiento de ese deseo [...]. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo.

El ejemplo más trivial puede servir para ilustrarles mi tesis. Supongan el caso de un joven pobre y huérfano, a quien le han dado la dirección de un empleador que acaso lo contrate. Por el camino quizá se abandone a un sueño diurno, nacido acorde con su situación. El contenido de esa fantasía puede ser que allí es recibido, le cae en gracia a su nuevo jefe, se vuelve indispensable para el negocio, lo aceptan en la familia del dueño, se casa con su encantadora hijita y luego dirige el negocio, primero como copropietario y más tarde como heredero. Con ello el soñante se ha sustituido lo que poseía en la dichosa niñez: la casa protectora, los amantes padres y los primeros objetos de su inclinación tierna. En este ejemplo ustedes ven cómo el deseo aprovecha una ocasión del presente para proyectarse un cuadro del futuro siguiendo el modelo del pasado.” (Freud 1908a, 130-1)

En esta articulación se percibe cómo la función de la fantasía es brindar una versión anticipada de aquel momento de la realización del deseo, del encuentro con “la demanda *real* de amor”, del responder como adulto. Pero lo hace intentando reducir aquel momento de pasaje a una versión familiar, proveniente de los vínculos edípicos. No es posible que la fantasía resuelva plenamente y de antemano el enfrentamiento con la demanda real de amor, del mismo modo que no era posible resolver realmente la falta en ser de la infancia y la pregunta por el advenimiento del ser adulto, por la vía del jugar (o luego el fantasear) a ser como los padres. El momento de la *realización* del deseo vuelve a confrontar al sujeto con aquel doloroso desasimiento de la autoridad parental; dicho de otra manera, con aquél punto en que no puede esperarse de ellos una respuesta a la pregunta sobre cómo ser adulto.

Retomando nuestra articulación sobre la pregunta neurótica inconsciente, y lo que enseña acerca de ella el decir del análisis soportado en el síntoma y el resto de las formaciones del inconsciente, señalemos entonces que ese decir comienza por el tercero de nuestros umbrales. El sueño enseña -trabajo interpretativo mediante- que la pregunta despierta en ese punto en que Dora se ve interpelada como mujer adulta por una demanda real de amor; que esa interpelación adquiere eficacia traumática desencadenante de su neurosis en la medida en que la confronta con lo que por estructura no puede ser respondido por el apego libidinal a la autoridad parental; y que su respuesta subjetiva consiste en un repliegue hacia la fijación libidinal con el padre.

VIII. Del tercer umbral al segundo: el *Umschwung* en la sexualidad de la pequeña.

El despliegue del análisis conduce desde ese tercer umbral (según nuestro esquema) al segundo. Dora se refugia del (re)hallazgo de objeto a través de un movimiento de regreso a la fijación sexual infantil con el padre, de modo que desembocamos en ese momento que más adelante Freud formalizará en términos del sepultamiento del complejo de Edipo, que el tratamiento parece localizar hacia los siete años de edad de la paciente. Aquí también se trata de la puesta en juego de una pregunta sexual, que resulta promovida a lo inconsciente. Dora comienza por revelar la corriente consciente: ella había espiado con las orejas {*belauschen*} una conversación donde se hablaba de la causa sexual de la enfermedad de su padre. Pero Freud no demora en percatarse de que “esta ilación de pensamiento de acusación al padre proseguía a través de un material inconsciente” (1905a, 66), donde se trata de la pregunta por la sexualidad de los padres. El conjunto del material del análisis conduce a Freud a la siguiente construcción acerca de dicha investigación inconsciente y su retorno en la formación del síntoma de la disnea, a los ocho años de Dora, inmediatamente después del sepultamiento del período infantil de florecimiento sexual: “[...] la niña, cuyo dormitorio se encontraba contiguo al de sus padres, espía con las orejas {*belauschen*} una visita nocturna del padre a su mujer y lo oyó jadear en el coito (de por sí, respiraba habitualmente con dificultad) [...] Bajo la

influencia de la coexcitación que le sobrevino esa vez, muy bien pudo producirse el ímpetu subvirtiente {*Umschwung*} en la sexualidad infantil de la pequeña, quien sustituyó la inclinación a masturbarse por la inclinación a la angustia. Tiempo después, estando el padre ausente y añorándolo la niña enamorada, aquella impresión se le repitió como ataque de asma.” (op.cit, 70). Ciertamente se trata de una preguntarse por la sexualidad de los padres, pero que a su vez es la plasmación de la pregunta por el vínculo que los une como hombre y mujer adultos, y que no se reduce al acto del coito.

A pesar de que no cuenta todavía con su posterior formalización del sepultamiento del complejo de Edipo y de la castración, Freud ubica allí el momento en que el primer florecimiento sexual de Dora resulta sofocado y reprimido. La satisfacción y la fantasía dan paso a la angustia, y luego retornan en la formación de síntoma. Esa angustia aparece vinculada, en la lectura de Freud, a la posibilidad de la muerte del padre. Pero no se trata tanto de su muerte efectiva sino del punto en que puede faltar, en tanto soporte de la pregunta inconsciente. Tal como se plasmará luego en el segundo sueño, la asunción adulta de su sexualidad por parte de Dora supone asumir simbólicamente la muerte del padre. En ese segundo umbral, el del sepultamiento de la sexualidad infantil y la constitución del síntoma que la releva, se produce ya un encuentro anticipado con ese más allá del padre, donde la pregunta inconsciente queda sin respuesta edípica. Podríamos decir que ese punto sin respuesta es la esencia del sentido del síntoma, de su cara psíquica, pero queda plasmado en el asma al soldarse con el soporte corporal, erógeno (en este caso, la respiración agitada espiada con las orejas), devenido signo erógeno de aquella posibilidad de desaparición de la autoridad parental.

De esta manera, este segundo umbral anticipa el tercero, y no resulta extraño que el análisis, persiguiendo el movimiento regresivo de la subjetividad de Dora, restablezca la conexión entre el tercero y este segundo, ubicando en ambos las coordenadas de un vuelco (*Umschwung*).

IX. El primer umbral: el despertar de la pulsión por el afecto de la madre

Restaría situar la naturaleza del primero de los tres umbrales, el que da inicio a la sexualidad junto con la subjetividad misma, a partir de las primeras vivencias de satisfacción. Pero ése ya no puede recuperarse en la historia de un caso particular, sino que podemos hacer una reconstrucción general. En lo que concierne al asunto de este trabajo, nos interesa señalar que también en ese caso se trata del cruce del cuerpo con la palabra, sólo que allí encontramos su punto fundacional. Vamos a situarlo brevemente.

Freud consigna tres características de la pulsión sexual: surge por apuntalamiento, localiza su satisfacción en una zona erógena y es autoerótica. En el caso de la pulsión oral, la primera característica significa que ella surge apuntalada sobre la satisfacción de la alimentación, de la cálida leche fluyendo por la boca y el tracto digestivo, aliviando la tensión del hambre. La pulsión nace así apoyada en la necesidad, pero su satisfacción propia es otra cosa, y

no proviene del interior del organismo, sino más bien de fuera. (Que el término *autoerotismo* signifique algo que se engendra desde dentro es lo que ocurre en Havelock Ellis. Freud, en cambio, expresamente señala que para él no se trata de la génesis de la satisfacción, sino del hecho de que no se dirige hacia ningún objeto externo.) Freud destaca que el bebé chupetea cuando ya no tiene hambre; además, no lo hace con ningún objeto que alimente, sino con cualquiera (un chupete, un dedo propio, etc) que no tiene más que la función instrumental de permitir la experimentación de ese agujero. Además, la satisfacción pulsional se asienta en la zona erógena (la boca y los labios), que es tan sólo un pequeño recorte respecto de todo el aparato involucrado en la satisfacción de la necesidad (todo el tracto digestivo). ¿Y cuál parte se recorta? Justamente el agujero, que a su vez es la porción del cuerpo del bebé que alternativamente entra en contacto con lo Otro, con el cuerpo de la madre, y luego se separa de él. De modo que podemos decir que la satisfacción de la pulsión no es tanto la de la necesidad, sino la de la participación del “individuo auxiliador” en aquella satisfacción de la necesidad. Es el acto mismo de la madre de acudir en respuesta al grito del bebé lo que funciona como causa de la satisfacción. “El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacciones sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona -por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. La madre se horrorizaría, probablemente, si se le esclareciese que con todas sus muestras de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. [...] la pulsión sexual no es despertada sólo por excitación de la zona genital; lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas genitales.” (Freud 1905b, 203). El recorte de la zona erógena ya es como un lenguaje antes del lenguaje, o como una lengua de un solo signo. Es la inscripción de la alternancia entre la ausencia y la presencia, la venida y la partida de la madre. La zona erógena se convierte en la marca corporal de ese encuentro con aquél Otro primordial, cuyo acto tiene siempre la estructura de un decir, aun cuando no profiera vocablos (que de todos modos sería más bien excepcional). Es el decir de ese Otro el que despierta la pulsión. Ahora bien: una vez constituida, la pulsión es autoerótica. Esto significa que, aun proviniendo del Otro, ya no se dirige a nadie, sino que se basta con su propio agujero. (Por eso el chupeteo no consiste en llamar una y otra vez a la madre para sentirla volver, sino en repetir la ceremonia en torno del agujero que deja cuando se ha retirado.) La zona erógena es la inscripción del afecto o el decir de la madre, pero una vez que se inscribe, sólo queda la inscripción, mientras que lo supuestamente inscripto a través de ella resulta perdido.

En términos de Lacan: “[...] las pulsiones son el eco en el cuerpo de que hay un decir” (1975-76, 18).

En ese primer umbral se trata del primer encuentro del decir con el cuerpo. Ambos se encuentran en el agujero.

El decir se inscribe en el orificio orgánico y lo convierte en agujero, pero a su vez el decir mismo deviene agujero y perdido en su imposibilidad de reducirse a la inscripción (un eco ciertamente no es un decir sino más bien su cadáver, su repetición inerte).

X. Conclusión

El asunto de este trabajo fue la exploración del estatuto que podemos dar a la pregunta neurótica inconsciente en términos freudianos. Nos apoyamos para ello en su concepción de la sexualidad como actividad de investigación que cae bajo la represión y se prosigue en lo inconsciente, comandando la conformación de la neurosis y especialmente la estructura del síntoma. Nos detuvimos primero en la pregunta en acto que implicaba, para la neurología de su época, la existencia misma del síntoma histérico. Intentamos despejar allí la subversión freudiana de la ciencia moderna, en la medida en que vuelve a abrir la frontera cerrada entre lo somático y lo psíquico, entre lo real material y la subjetividad, entre el cuerpo y el alma. Y efectivamente, ésta es la estructura más fundamental que Freud despeja en el síntoma histérico y en la pregunta neurótica inconsciente que se vehiculiza en él.

No hay agujero pulsional sin el agujero del decir; y no hay decir que subsista, en su ex-sistencia que perfora al dicho, sin el soporte del cuerpo.

Los tres umbrales que intentamos localizar mediante los Tres ensayos... señalan los hitos de esa articulación entre el cuerpo y lo psíquico, cada uno agujereando al otro. En definitiva es ese agujero mismo lo que yace bajo la pregunta inconsciente que no tiene respuesta.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1895a). «Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas», en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, tomo i.
- Freud, S. (1895b). «Proyecto de una psicología», en *Obras Completas, cit.*, tomo i.
- Freud, S. (1905a). «Fragmento de análisis de un caso de histeria», en *Obras Completas, cit.*, tomo vii.
- Freud, S. (1905b). «Tres ensayos de teoría sexual», en *Obras Completas, cit.*, tomo vii.
- Freud, S. (1908a). «El creador literario y el fantaseo», en *Obras Completas, cit.*, tomo ix.
- Freud, S. (1908b). «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en *Obras Completas, cit.*, tomo ix.
- Freud, S. (1908c). «Sobre las teorías sexuales infantiles», en *Obras Completas, cit.*, tomo ix.
- Freud, S. (1909a). «La novela familiar de los neuróticos», en *Obras Completas, cit.*, tomo ix.
- Freud, S. (1909b). «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», en *Obras Completas, cit.*, tomo x.
- Freud, S. (1914). «Introducción del narcisismo», en *Obras Completas, cit.*, tomo xiv.
- Freud, S. (1921). «Psicología de las masas y análisis del yo», en *Obras Completas, cit.*, tomo xviii.
- Freud, S. (1924). «El sepultamiento del complejo de Edipo», en *Obras Completas, cit.*, tomo xix.
- Lacan, J. (1954-55) *El Seminario de Jacques Lacan. Libro II: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 1954-1955*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1983.
- Lacan, J. (1975-76), *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XXIII: El sinthome, 1975-1976*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Surmani, F. (2004). «El estatuto de las preguntas en la clínica (lineamientos para una investigación)», en Enrique Millán (coordinador), *Preguntas de la clínica: investigación* (pp.103-112), El Megáfono Ediciones.

Fecha de recepción: 1 de septiembre de 2022

Fecha de aceptación: 8 de noviembre de 2022